

LA DERROTA DE SANTA ANNA EN TOLOMÉ, UNA RELACIÓN CRÍTICA Y PERSONAL

Louis E. BRISTER
Robert C. PERRY
Southwest Texas State University

EL PRIMERO DE ABRIL de 1833, el general Antonio López de Santa Anna ascendió a la presidencia de la República de México. Fue la primera de cinco veces que sería elegido jefe de estado.¹ Su designación para la presidencia en marzo de 1833 fue la culminación de una lucha que había sido organizada e iniciada desde hacía un año, comenzando en enero de 1832 en la ciudad de Veracruz.² Este relato trata de la fase inicial de esta lucha y de la desastrosa derrota sufrida por Santa Anna en la primera batalla, en su campaña para conseguir por vez primera la presidencia de la república.

Las circunstancias del pronunciamiento del 2 de enero de 1832 contra el gobierno del presidente Anastasio Bustamante son bien conocidas: el 2 de enero el coronel Pedro Lande-

¹ JONES, 1968, pp. 56, 152. Las otras veces fueron 1839 (*ad interim*), 1841, 1846 y 1853, pp. 14-16. Algunas fuentes cuentan once periodos de actividades presidenciales, refiriéndose a la costumbre de Santa Anna de ausentarse mientras un suplente actuaba en su lugar. Véase ÁLVAREZ, 1966-1977, VIII, p. 141. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

² Desde su nombramiento como comandante de la provincia de Veracruz en 1822 por Agustín de Iturbide, Emperador de México, Santa Anna había poseído una fama muy favorable en la ciudad de Veracruz. En Veracruz inició la rebelión que logró la abdicación de Iturbide. También parte de su popularidad en Veracruz se debió a que fue enviado por el nuevo gobierno republicano a Yucatán como gobernador. JONES, 1968, pp. 32, 34-35, 41.

ro, comandante del presidio San Juan de Ulúa, en unión de los otros oficiales del presidio se rebeló contra el gobierno de Bustamante.³ Se unieron a ellos los oficiales del presidio de Veracruz y juntos le enviaron una invitación a Santa Anna, quien se encontraba en su hacienda Manga de Clavo, cerca de Jalapa, para que encabezara el movimiento.⁴ Se ha dicho que Santa Anna secretamente inspiró y organizó la rebelión y que el coronel Landero la había llevado a cabo por una recompensa monetaria.⁵ Fuera cual fuera el papel de Santa Anna en la iniciación de la sublevación, se sabe que a finales de 1831 el gobierno de Bustamante desconfiaba de Santa Anna. El hecho de que aparentemente viviera “en retiro” hacía dos años en su hacienda, no apaciguó el rumor de que aspiraba a la presidencia.⁶ La habilidad que poseía Santa Anna para atraerse el apoyo popular en Veracruz y otras regiones de México causaba a Bustamante y sus socios en el gobierno muchas preocupaciones. Así que, unos días después, cuando Santa Anna unió su voz a los rebeldes de Veracruz,⁷ la trayectoria de sus planes era evidente a Bustamante y a muchos otros mexicanos: el “Benemérito de la Patria”, “el vencedor de Tampico”, Antonio López de Santa Anna, quien

³ Las exigencias del pronunciamiento se enfocaban principalmente al despido de los ministros de Bustamante: Lucas Alamán, Relaciones Exteriores y Exteriores; José Ignacio Espinosa Vidaurre, Justicia y Asuntos Eclesiásticos; Rafael Mangino, Hacienda; José Antonio Facio, Guerra y Marina. Fueron acusados de “mantener el centralismo” y tolerar abusos contra la libertad civil y los derechos personales”. BANCROFT, 1883-1888, v, pp. 95, 107-108; RIVERA CAMBAS, 1959-1960, vi, pp. 108-109. Este documento se reproduce íntegro, BOCANEGRA, 1892-1897, II, pp. 265-268; SUÁREZ Y NAVARRO 1850-1851, I, pp. 263-265.

⁴ CALLCOTT, 1936, pp. 88-89; JONES, 1968, p. 53; RIVERA CAMBAS, VI, pp. 110-111.

⁵ BANCROFT, 1883-1888, v, p. 106; CALLCOTT, 1936, p. 88.

⁶ RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, p. 93; ALAMÁN, 1968-1969, IV, p. 536.

⁷ El 3 de enero, Santa Anna llegó a Veracruz. Al siguiente día envió una carta a Bustamante con copias del pronunciamiento, ofreciendo sus servicios como mediador entre el gobierno y los insurrectos. Mientras esperaba una respuesta, empezó a preparar una confrontación militar, incluyendo la apropiación de los ingresos aduanales y otros dineros del gobierno en Veracruz. CALLCOTT, 1936, p. 89; JONES, 1968, p. 53; RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, pp. 111-112.

en septiembre de 1828 había organizado una rebelión para instalar a su aliado federalista, Vicente Guerrero, en la presidencia,⁸ ahora estaba en vías de procurarse el cargo para sí mismo.

Santa Anna se comprometió total y públicamente con la rebelión el 24 de febrero, cuando al frente de una fuerza de caballería de Veracruz se apoderó de un convoy de municiones destinado a la división de tropas del gobierno que marchaba de Jalapa a Veracruz al mando del general José Calderón.⁹ Para entonces la prensa en México ya se ocupaba de los sensacionales acontecimientos ocurridos en el estado de Veracruz.¹⁰ En otras provincias muchos de los viejos compañeros de Santa Anna que habían participado con él en la rebelión federalista de 1828 o en el rechazo de la invasión española en 1829, seguían con vivo interés las noticias de esta nueva rebelión.¹¹

En aquellos momentos un joven ingeniero alemán, Eduard Harkort, director de minas y obras de reducción para una empresa minera británica, The Mexicana Company, salió de la ciudad de Oaxaca para unirse al ejército de Santa Anna.¹² Dice Harkort en sus memorias, *Aus Mejjicanischen Gefangnissen* (*En las prisiones mexicanas*), haber sido convencido por varios amigos, que habían servido en el ejército con Santa Anna en

⁸ CALLCOTT, 1936, pp. 65-69, 76-77; JONES, 1968, pp. 46-48, 52.

⁹ CALLCOTT, 1936, pp. 90-91; SUÁREZ Y NAVARRO, 1850-1851, I, p. 276; TUDOR, 1834, II, pp. 162-164; *El Censor de Veracruz*, VIII, 3 de marzo de 1832, pp. 2-3; RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, pp. 123-124.

¹⁰ La posición del gobierno, fue expresada en *El Registro*, el periódico del gobierno publicado en la capital de México. Reportajes a favor de Santa Anna y la rebelión, por otra parte, salieron regularmente en *El Censor de Veracruz*, el cual fue publicado por el líder de la rebelión, el coronel Pedro Landero. Desgraciadamente, los números de *El Registro* y *El Censor* de enero y febrero de 1832 no se pudieron encontrar pero los artículos de ambos periódicos son citados en BOCANEGRA, 1892-1897, II, p. 210, y SUÁREZ Y NAVARRO, 1850-1851, I, pp. 266-267, 272-275, Véase también RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, p. 123.

¹¹ Los que apoyaban a Santa Anna agitaban, por ejemplo, en Matamoros, Jalisco y Zacatecas. TORNER, 1952-1953, IV, p. 205. En Oaxaca también había intranquilidad, HARKORT, 1858, pp. 25-26.

¹² HARKORT, 1958, pp. 17-18, 26-27; *Mexican Company*, 1828, p. 10.

1828, para compartir la suerte con el general y los insurgentes en Veracruz.¹³ Antes de llegar a México en 1827, Harkort había cumplido un año de servicio militar en la artillería de Prusia.¹⁴ Además, ya había conocido a Santa Anna en dos ocasiones previas: la primera en enero de 1829, cuando Santa Anna regresaba de Veracruz después del desafortunado sitio de Oaxaca por las fuerzas del gobierno. Harkort también viajaba a Veracruz para embarcarse a Inglaterra con motivo de una reunión de The Mexican Company.¹⁵ La segunda vez fue en julio del mismo año cuando Harkort había regresado de Inglaterra e iba de Veracruz a Oaxaca, al mismo tiempo que Santa Anna conducía su ejército hacia el norte a Tampico para rechazar la invasión española; habían hecho juntos la mitad del camino a Jalapa.¹⁶

En octubre de 1831, Harkort había presentado su renuncia a The Mexican Company, disgustado por el bajo sueldo y la mezquindad de uno de los nuevos directores de la empresa.¹⁷ Cuando en enero brotó la rebelión en Veracruz, sus amigos le persuadieron para que escribiera a Santa Anna ofreciéndole sus servicios. La oferta fue aceptada en seguida y Harkort salió inmediatamente para su nuevo puesto.¹⁸ Los siguientes extractos del diario personal de Harkort describen la primera ofensiva militar de la campaña de Santa Anna para la presidencia de México. Por razones de brevedad, algunas observaciones de Harkort sobre su nuevo ambiente y su papel en este episodio de la historia de México han sido omitidas.

El 27 de Febrero recibí inesperadamente la orden de tomar el mando de una serie de avanzadas cerca del campamento del ene-

¹³ HARKORT, 1858, pp. 25-26. Una traducción al inglés de los apuntes personales de Harkort se prepara por el autor L.E.B.

¹⁴ WINKHAUS, 1932, p. 63. La hoja de servicios de Harkort fue destruida con los archivos militares. Carta de Geheimes Staatsarchiv, Preussischer Kulturbesitz, Berlín (Occidental), Alemania, al autor L.E.B., 29 de junio de 1979.

¹⁵ HARKORT, 1858, pp. 24-25.

¹⁶ HARKORT, 1858, p. 25.

¹⁷ HARKORT, 1858, pp. 16-18.

¹⁸ HARKORT, 1858, pp. 25-27.

migo en Santa Fe. Yo tenía que construir trincheras disimuladas para quinientos hombres, desde las cuales el general había pensado lanzar el ataque. Fui en seguida al lugar y con la ayuda de un oficial que conocía bien el terreno, escogí un punto delante de la primera avanzada —un punto muy próximo al campamento enemigo y cerca del puente sobre un río pequeño, el Río Medio. De los cien hombres que estaban en servicio llevé veinticinco para trabajar conmigo. Las primeras cortinas de tierra fueron echadas en una escarpa impenetrable frente al puente para que éste y el camino estuvieran completamente bajo nuestro fuego. En el recinto de estas escarpas hice limpiar un área grande que iba a ser rodeada de cortinas de tierra. . . Las únicas herramientas que teníamos para construir estas fortificaciones eran machetes, varios zapapicos y unas palas de madera. El trabajo no progresaba tan rápidamente como yo quería, pero ya había terminado con el primer parapeto en el perímetro del frente, cuando temprano por la mañana del primero de marzo, envié una patrulla para explorar un poco más lejos de lo que era costumbre, cerca del campamento del enemigo. . .

La patrulla regresó sin demorar mucho con la noticia de que [el general Calderón] había levantado el campamento muy temprano ese mismo día, y no había señas del enemigo en una lengua más allá de Santa Fe. Envié [a mi amigo] Cari Lerche en seguida con esta interesante noticia al general, pidiendo a la vez nuevas órdenes en esta situación inesperada. Esa noche a las doce, cuando yo mismo iba a salir con una patrulla más numerosa para inspeccionar la posición del enemigo, las mulas de carga del general llegaron inesperadamente con todo su equipaje de campo. El oficial que acompañaba al equipaje me informó que Santa Anna llegaría dentro de unas horas para llevar a cabo una estrategia genial contra el [general] Calderón. . . [El dos de marzo] a las cuatro [de la mañana], Santa Anna llegó con la caballería y después lo hizo la infantería. Me mandó retirar la avanzada y acompañarle por el momento como su ayudante. En seguida Lerche me trajo el caballo blanco del general, su saco y ropa limpia. Después de una marcha rápida nos encontramos en Santa Fe donde desayunamos. Descubrimos que el enemigo efectivamente había salido del campamento y estaba retirándose hacia Jalapa. Después de dos horas de descanso nos pusimos en marcha de nuevo y esa tarde llegamos a un pueblo pequeño con unas casas aisladas que se llaman Manantiales. Nuestra división acampó aquí en la cara del enemigo a quien vimos a poca

distancia poniendo sus cañones en una loma en frente de nosotros. Después de caer la noche, el general nos informó su plan de sortear por el borde al enemigo y capturar sus fortificaciones en Puente Nacional. El teniente Portilla, un oficial de la artillería, fue enviado adelante para pedir la rendición a las ocho de esa tarde, para engañar al enemigo nuestros tambores tocaron la retirada. En lugar de ello salimos en orden y silenciosamente al lado izquierdo, siguiendo a nuestros guías nativos por las tierras bajas, los arroyos, y los senderos en el matorral por varias leguas hasta salir en un llano donde nos detuvimos. . . Era medianoche cuando, fatigados de la marcha difícil, nos acostamos en la dura tierra para dormir. Nos reclinamos en fila; casi todos se durmieron. . .

A las cuatro recibimos la orden de levantar el campamento. Los oficiales fueron despertados primero; ellos, a su vez, levantaron a la tropa. A las cinco estábamos listos para marchar otra vez. El general me llamó para tomar una copa matutina con él. Luego que los primeros rayos del sol iban disipando los girones de la neblina nocturna, continuamos nuestra marcha silenciosa sobre el llano. Santa Anna me había prometido el mando de la artillería que esperábamos capturar. Para mi consternación no teníamos en nuestra fuerza ninguna pieza de artillería. De todos modos, hubiera sido imposible traer cañones en esta marcha. Esa mañana un poco antes de las ocho llegamos al otro lado del pueblecito de Tolomé. Como consiste de unas cuantas chozas, el pueblecito en sí no tiene importancia, pero este día tendría su lugar en la infamia. Nos colocamos cerca de un puente, el único sobre este río en el camino principal de Veracruz a Jalapa. Estábamos entre el enemigo y Puente Nacional impidiendo la retirada de Calderón a Jalapa. Un escondite fue preparado rápidamente en la espesura cerca del puente. Hasta el general mismo nos ayudó, arrojando unas ramas para ocultarlo. Unos fusileros fueron colocados en esta posición; en caso de un ataque tenían órdenes de permitir al enemigo cruzar el puente primero y luego hacerle fuego por la espalda. Dos compañías de infantería fueron situadas detrás de las chozas. Sus órdenes fueron atacar al enemigo con bayonetas después de haber cruzado el puente. La caballería y las reservas fueron colocadas detrás de una loma, en una ladera y en un barranco poco profundo cerca de allí. En nuestras posiciones esperábamos los acontecimientos que iban a suceder.

Yo estaba sentado con Santa Anna y varios de sus ayudantes

entre dos paredes de una choza de caña. Conversábamos y el general, quien había comprado una canasta de naranjas, estaba repartiéndolas entre nosotros. Yo estaba a punto de morder la naranja que había pelado cuando nos sorprendió una descarga de rifles. Las tropas del enemigo que habían sufrido mucha sed, empezaron a bajar de sus posiciones en la cercana elevación para conseguir agua del río. El comandante de los fusileros había desobedecido la orden de disparar hasta que el enemigo hubiera cruzado el puente, pero recibió a los soldados que se acercaban con un fuego intenso de rifles, que fue devuelto en seguida y con no menos intensidad. El humo azul ascendió en columnas gruesas del matorral verde. Después de un intercambio de disparos durante quince minutos, la infantería del gobierno se retiró. Los soldados subieron despacio al declive; pero nosotros habíamos revelado nuestra posición antes de que el enemigo cruzara el puente. Ya se había derramado mucha sangre en este preludio del asalto principal. El primer tiro había sido disparado a las nueve y ahora, media hora después, todo estaba tranquilo otra vez. Vamos a ver lo que harán, me dijo el general, encantado con la suerte de este éxito.

De repente oímos el estrepitoso sonido de varios cañones pesados que el enemigo había aproximado. Yo estaba con el general en ese momento cuando las primeras granadas silbaron encima de nosotros y explotaron muy cerca. Durante las próximas cuatro horas llovieron granadas, balas de cañón y metralla. Nos retiramos despacio al barranco mencionado en donde nos preparamos para aguantar el bombardeo. Como no teníamos artillería, solamente podíamos esperar que el enemigo cruzara el puente y atacarle allí. Incidentalmente, Santa Anna había recibido noticias de que varios batallones querían desertar y unirse a nosotros. Por ende, tal vez quería mantener una posición defensiva todo el tiempo posible para esperar su oportunidad y evitar el derramamiento de sangre innecesario. Durante cuatro horas no nos movimos de nuestra posición, aunque estábamos expuestos al fuego de la artillería del enemigo. Con sangre fría hicimos chistes y nos reímos mientras veíamos las granadas caer y explotar entre nuestros soldados. Sin embargo, muchas granadas cayeron en la espesura. . . La metralla hizo mucho daño, especialmente a las tropas estacionadas cerca del camino detrás de las chozas de caña —que ofrecían poca protección; las balas perforaron ruidosamente las frágiles paredes. Una soldadera sentada cerca de nosotros comía con calma las

naranjas tan intrépidamente como nosotros, y riéndose cuando las granadas silbaron por encima y explotaron en el matorral arrojándonos una lluvia de ramas y hojas. Dejamos caer la lluvia de hojas de laurel y esperamos que Calderón gastara su polvora. Luego, [el teniente] Portilla regresó con la noticia de que Puente Nacional capitularía, en caso de que Santa Anna llevara su división. Pero ya estábamos preparados y no podíamos abandonar nuestra posición.

En ese momento nos dimos cuenta de que una compañía de tropa del enemigo, caballería e infantería, había avanzado a nuestro flanco y ahora se nos venía por la espalda. Inmediatamente Santa Anna despachó a toda la caballería para ponerlos en fuga. Vimos como nuestros regulares atacaron con valor al enemigo. Sin embargo, los voluntarios mostraron los talones y huyeron, llevándose a los demas consigo. Todos bajaron por una loma rumbo a Antigua y en pocos minutos no se veía a nuestra caballería. Durante este fiasco de la caballería un miembro de las unidades de asalto estacionadas abajo, había atacado al enemigo corriendo a través del puente con bayoneta calada, tratando de capturar los emplazamientos de artillería. Cuando ya estaban a cuarenta pasos del objetivo, un tiro de metralla despedazó a la mayoría de los hombres del grupo y a su valiente comandante, el mayor [Juan] Andonaegui. Los demás tuvieron que retirarse rápidamente sin su jefe bajo una lluvia de balas. Los fusileros ocultos cerca del puente ya se habían retirado. Por ende, nuestros granaderos no habían tenido ningún apoyo desde el puente. Ahora nos dimos cuenta de que una unidad del enemigo estaba a nuestro flanco a la izquierda. Pronto vino el asalto de todas partes y se luchaba alrededor de nosotros; hasta la retaguardia recibió fuego.

Debo confesar que nuestros muchachos lucharon valientemente contra un enemigo que nos sobrepasó en número tres a uno. Tuvieron que retirarse poco a poco a la loma fortificada mencionada; aquí la última más violenta lucha tuvo lugar. Determinó el resultado final del combate y acabó con nuestra derrota después de ser rodeados por el enemigo. Nuestros hombres cayeron en un desorden tremendo, y luego se dispersaron y se separaron. Los que no murieron a tiros o apuñalados, se defendieron lo mejor posible. El terreno no permitió la formación de cuadros defensivos contra la caballería que avanzaba; de todos modos, estos soldados habían tenido poco o nada de entrenamiento en tales tácticas.

Éste fue el momento de mi propia desgracia. Hasta ahora me había quedado en el terraplén con el general Santa Anna, quien había ordenado que no me apartara de su lado. Mientras tanto yo daba ánimo a nuestros soldados; cuando algunos se retiraron, los empujé físicamente hacia la línea de defensa. De todos los oficiales europeos de Santa Anna, yo era el único que se quedó junto a él. Lerche también había desaparecido. Santa Anna, agarrándose la cabeza con las dos manos, corría su caballo blanco. Empeñado en seguirle, también corrí hacia mi caballo que, atado a un árbol, parecía estar herido por una bala extraviada o simplemente asustado por el tremendo ruido. De todos modos, estaba tan inquieto y frenético que cuando me acerqué, se empujó, tiró coces y no quería que lo montara. Rompió las riendas y salió al galope como el viento. Con una reacción automática, corrí tras él, esperando que pronto se enredara en el matorral. En este esfuerzo me olvidé por el momento de la batalla que me rodeaba y la dirección que debía seguir para salvar el pellejo. Por desgracia corrí de prisa hacia la primera lomita y me encontré en la escena de un combate sangriento. Aquí di con la caballería que atacó la retaguardia y ahora había avanzado a la cumbre de la loma y estaba acuchillando a los soldados que huían, hasta a los que habían arrojado sus armas y se rendían. Fue aquí donde el coronel [Pedro] Landero, sin armas ni defensa, encontró la muerte. Me quedé inmóvil por unos momentos, testigo de esta escena grotesca, y luego saqué el sable, la única arma que tenía. No pensé en permitir que me mataran a puñaladas sin luchar. Por lo menos moriría dignamente. En seguida tres dragones del Décimo Regimiento vinieron a todo galope sobre mí. Por más de diez minutos los pude mantener a distancia. . . Uno de los dragones enfurecido porque yo podía esquivar sus golpes y estocadas, al fin sacó su pistola y la apuntó al pecho para terminar conmigo. De repente traté de desprender el arma de su mano con mi sable, pero en el momento que descargó la pistola la bala pegó en el mango, lo que desvió su puntería de mi pecho, pero la bala me dio en el brazo extendido. Con el sable todavía en la mano cayó mi brazo paralizado y quedé sin defensa. Sin embargo evité varias estocadas con la mano izquierda pero un golpe de sable al cuello me derribó.¹⁹

¹⁹ HARKORT, 1858, pp. 43-50. El despliegue de las fuerzas de Santa Anna y Calderón, sus comandantes y unidades, es descrito por RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, pp. 127-128.

El relato de Harkort es el único que da tantos detalles de la batalla en Tolomé por un participante que literalmente estuvo al lado de Santa Anna durante todo el combate. En sus memorias Santa Anna no menciona a Tolomé.²⁰ Podemos entender el porqué de esta omisión. Dos de los relatos más detallados y completos de esta época de la historia mexicana, *Historia de México y del General Antonio López de Santa Anna* por Juan Suárez y Navarro, (2 tomos, México 1850-1851), e *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz* por Manuel Rivera Cambas (5 tomos, México, 1867-1871, reimpresa, 17 tomos, 1959-1960), describen solamente los preparativos para la batalla y su resultado. No describen el curso de la batalla, ni tampoco las acciones de Santa Anna al frente de sus fuerzas.²¹ Después de la batalla, Santa Anna regresó a Veracruz donde organizó otro ejército y continuó la lucha para derrotar a Bustamante.²² Eduard Harkort fue capturado y encarcelado en la fortaleza de San Carlos de Perote.²³ Mientras estaba en la prisión, Harkort tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre la acción de Tolomé, la primera batalla de su carrera militar en México. Sus reflexiones sobre el combate y sobre el papel de Santa Anna dan apoyo al argumento que, a pesar de la preparación militar del general y su experiencia en el campo, realmente no sabía dirigir una batalla.²⁴ El análisis que Harkort apunta en su diario es el siguiente:

No se puede echar la culpa de nuestra derrota a la falta de valor, porque hasta nuestro enemigo nos justificó en este punto en su relato público [*El Registro*, 7 de marzo de 1832. . .] Nuestro fracaso se debe a las causas siguientes: primero, el enemigo

²⁰ LÓPEZ DE SANTA ANNA, 1967, pp. 27-28.

²¹ SUÁREZ Y NAVARRO, 1850-1851, I, pp. 276-277; RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, pp. 126-130. Véase también la relación breve en BANCROFT, 1883-1888, V, pp. 109-110; CALLCOTT, 1936, p. 91; JONES, 1968, p. 54.

²² BANCROFT, 1883, V, p. 110; CALLCOTT, 1936, p. 91; RIVERA CAMBAS, 1959-1960, VI, p. 133; SUÁREZ Y NAVARRO, 1850-1851, I, pp. 279-280.

²³ HARKORT, 1858, pp. 50-51, 60.

²⁴ ALAMÁN, 1968-1969, V, p. 435; JONES, 1968, p. 157.

nos sobrepasó tres veces en número de soldados: tenía 2 000 hombres, y todos eran regulares del ejército. [Segundo], el enemigo tenía artillería y nosotros no la teníamos. [Tercero], nuestro general iba a aguardar hasta que terminara el ataque del enemigo en vez de lanzar una contraofensiva. El enemigo no debió de haber rebasado nuestro flanco e intimidado a muchas de nuestras tropas con el prolongado cañoneo. [Cuarto], nuestros fusileros en sus posiciones abrieron fuego prematuramente. [Quinto], los uniformes de nuestras tropas y los del enemigo eran tan parecidos que en varias ocasiones detuvimos nuestro fuego creyendo erróneamente que eran nuestros hombres. [Sexto], tuvimos en la caballería unos trescientos renegados. . . y otros desertores quienes se habían juntado a nuestra causa. [Séptimo], nuestra posición estaba debajo de las fuerzas del enemigo, que se hallaba en la loma que nos dominaba. Uno puede echar la culpa a Santa Anna por este error, porque no se debe escoger tal sitio para la batalla.²⁵

Unos meses después de su captura, Harkort escapó de la prisión y se reunió con las fuerzas de Santa Anna.²⁶ Al final del año 1832, cuando Bustamante ya había capitulado, Harkort llegó a ser coronel del ejército mexicano.²⁷ Siguió en el servicio de Santa Anna hasta 1834, cuando éste cambió su lealtad al partido centralista, disolvió el Congreso y empujó al exilio a su vicepresidente Valentín Gómez Farías.²⁸ Harkort huyó con otros liberales que rehusaron aceptar la presidencia de Santa Anna.²⁹ Casi un año después, el 11 de mayo de 1835, Harkort y Santa Anna se encontraron en combate, pero esta vez como enemigos, en Zacatecas, una de las pla-

²⁵ HARKORT, 1858, pp. 54-55.

²⁶ HARKORT, 1858, pp. 92-93.

²⁷ HARKORT, 1858, pp. 93-114.

²⁸ Para una descripción de la transición de Santa Anna, véase BANCROFT, 1883-1888, v, pp. 131-141; CALLCOTT, 1936, pp. 108-113; JONES, 1958, pp. 57-58. Para una descripción de los servicios de Harkort hasta el 18 de febrero de 1834, véase HARKORT, 1858, pp. 108-115.

²⁹ Harkort describe estos acontecimientos en detalle en una carta escrita el 2 de agosto de 1835, en la prisión de Perote, a su amigo Johann Moritz Rugendas. Archivale Stadtarchiv Augsburg, Archiv des Historischen Vereins für Schwaben, núm. 271, fols. 357r-358v (4 pp.).

zas fuertes de la resistencia federalista en México.³⁰ Por supuesto, los rebeldes fueron derrotados. Harkort fue capturado y encarcelado por segunda vez en la fortaleza de Perote.³¹ Seis meses después, tuvo que embarcar en la goleta "Concepción" en Veracruz, exiliado de México, y el 23 de noviembre de 1835 llegó a Nueva Orleans.³² Allí fue reclutado por Stephen F. Austin para unirse a los tejanos en su lucha por la independencia. Recomendado por Austin y también por Lorenzo de Zavala, otro ex partidario de Santa Anna ahora viviendo en el destierro, Harkort fue comisionado coronel en el ejército de Texas y capitán de los ingenieros por el general Sam Houston.³³ Hasta su muerte, víctima de la fiebre amarilla, el 11 de agosto de 1836, Harkort sirvió a Texas, construyendo fortificaciones en la isla de Galveston y en Velasco, preparativos contra la invasión mexicana que nunca ocurrió.³⁴

SIGLAS Y REFERENCIAS

ALAMÁN, Lucas

1968-1969 *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, Editorial Jus. 5 vols.

³⁰ HARKORT, 1858, pp. 2-3; GILLIAM, 1846, pp. 219-220; HENIGHEN, 1934, pp. 77-78; ROBINSON, 1851.

³¹ Carta de Harkort a Rugendas, HARKORT, 1858, pp. 3-4.

³² En la lista de pasajeros del barco "Concepción" el nombre de Harkort fue escrito *Arcourt*. *Passenger Lists of Vessels Arriving at New Orleans 1820-1903*, Microfilm Roll 13: primero de junio de 1835-30 de abril de 1836 (Washington, D.C.: National Archives, 1958), núm. 320.

³³ En Nueva Orleans, Harkort había cambiado la ortografía de su nombre a Harkourt según el sistema anglosajón. JENKINS, 1973, IV, p. 110; V, p. 79; WILLIAMS y BARKER, 1943, I, pp. 385-386.

³⁴ *Telegraph and Texas Register*, I, 13 septiembre 1836, p. 3. Para una descripción detallada de la carrera militar de Harkort en México y Texas, véase BRISTER, 1985. La preparación en México para otra invasión de Texas fue comentada por BANCROFT, 1883-1888, V, p. 176; BANCROFT, 1889, II, p. 282.

ÁLVAREZ, José Rogelio (ed.)

- 1966-1977 *Enciclopedia de México*. México, Enciclopedia de México, 12 vols.

BANCROFT, Hubert Howe

- 1883-1888 *History of Mexico*. San Francisco, A.L. Bancroft and Co. 6 vols.
1889 *History of North Mexican States Texas*. San Francisco, The History Company, 2 vols.

BOCANEGRA, José María

- 1892-1897 *Memorias para la historia de México independiente 1822-1846*. México, Imprenta del Gobierno Federal, 2 vols.

BRISTER, Louis E.

- 1985 "Coronel Eduard Harkort: a german soldier of fortune in Mexico and Texas", en *Southwestern Historical Quarterly*, LXXXVIII (enero).

CALLCOTT, Wilfrid H.

- 1936 *Santa Anna: the story of an enigma who once was Mexico*. Norman, University of Oklahoma Press.

GILLIAM, Albert M.

- 1846 *Travels over the table land and cordilleras of Mexico during the years 1843 and 1844; . . .* Philadelphia, John W. Moore.

HENIGHEN, Frank C.

- 1934 *Santa Anna: The Napoleon of the west*. New York, Coward-McCann, Inc.

HARKORT, Eduard

- 1858 *Aus Mejanischen Gefängnissen, Bruchstück aus Eduard Harkorts hinterlassenen Papieren*. ed. F. Gustav Kühne, Leipzig, Carl B. Lorck.

JENKINS, John H. (ed.)

- 1973 *The papers of Texas Revolution 1835-1836*. Austin, Presidential Press, 10 vols.

JONES, Jr., Oakah

- 1968 *Santa Anna*. New York, Twayne Publishers, Inc.

LÓPEZ DE SANTA ANNA, Antonio

- 1967 *The Eagle. The autobiography of Santa Anna*, translated by

Guyler and Jaime Platón. Ann Fears Crawford, editor. Austin, Pemberton Press.

Mexican Company

- 1828 *Report of the Director of the Mexican Company, presented at the Third Annual General Meeting of Proprietors.* London, J. Plummers.

RIVERA CAMBAS, Manuel

- 1959-1960 *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz.* 2a. ed. México, Editorial Citlaltépetl, 17 vols.

ROBINSON, Fayette

- 1851 *Mexico and her military chieftains, from the Revolution of Hidalgo to the present time.* . . Hartford. (Reimpresión: Glorieta, N.M., Rio Grande Press, 1970.)

SUÁREZ Y NAVARRO, Juan

- 1850-1851 *Historia de México y del General Antonio López de Santa-Anna: comprende los acontecimientos políticos que han tenido lugar en la Nación, desde el año de 1821 hasta 1848.* México, Ignacio Cumplido, 2 vols.

TORNER, Florentino M. (ed.)

- 1952-1953 *Resumen integral de México a través de los siglos.* México.

TUDOR, Henry

- 1934 *Narrative of a tour in North America: comprising Mexico, the mines of Real del Monte, the United States, and the British colonies.* . . a series of letters written in the years 1831-1832. London, James Duncan, 2 vols.

WILLIAMS, Amelia W. y Eugène C. BARKER (eds.)

- 1938-1943 *The writings of Sam Houston 1813-1863.* Austin University of Texas Press, 8 vols.

WINKHAUS, Eberhard

- 1932 *Wir stammen aus Bauern und Schmiedegeschlecht. Genealogie eines süderländischen Sippenkreises und der ihm angehöronden Industriebioniere.* Görlitz, C.A. Starke.